

PETER DeSHAZO

Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927

Santiago de Chile, Dibam, 2007

ISBN:

SERGIO GREZ TOSO

Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de 'la Idea' en Chile, 1893-1915

Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2007

ISBN: 978-956-282-894-9

*Reseñado por
Juan Carlos Yáñez Andrade
Universidad de Los Lagos*

La Colección Sociedad y Cultura del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, dependiente de la Dibam, acaba de publicar el libro de Peter DeShazo *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, publicado originalmente en inglés en 1983. Esta edición en español, sumada al libro del historiador Sergio Grez, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de 'la Idea' en Chile, 1893-1915*, han puesto de moda la temática anarquista y obligado a reflexionar sobre su rol en la tradición política y obrera chilena. Las siguientes líneas no buscan más que ayudar en esta reflexión y poner en perspectiva las conclusiones que nos aportan ambos historiadores en relación a los estudios del conjunto del movimiento obrero chileno del siglo XX.

El trabajo de Peter DeShazo es fruto de un esfuerzo recopilatorio de fuentes realizado a mediados de los años 70', principalmente periódicos, fuentes orales y el archivo de la Dirección General del Trabajo. Su tesis central apunta a señalar que los trabajadores urbanos —de Santiago y Valparaíso— fueron el motor del movimiento obrero a comienzos del siglo XX, relativizando la importancia que la historiografía de corte marxista le asignó al movimiento de trabajadores organizado en las salitreras. De paso, para este autor, fueron los anarquistas quienes estuvieron detrás de la forma-

ción de sindicatos en las industrias urbanas y lideraron las principales huelgas de la época. El éxito de este liderazgo habría estado dado por su preocupación por los objetivos económicos y el "sustento diario", más que por los ideológicos. En concreto los anarquistas chilenos: "No se prestaban voluntariamente para ser reprimidos como lo hacían los anarquistas extranjeros en otras partes de Latinoamérica. Las leyes de residencia que permitían el encarcelamiento y la deportación de extranjeros 'subversivos' no servían de mucho a las elites chilenas para sofocar a las organizaciones laborales [...] Dado que los trabajadores chilenos hablaban la misma lengua, compartían la misma historia y costumbres y venían esencialmente de la misma rama étnica y racial, los patrones no pudieron, como en otros países, sembrar la cizaña enfrentando a extranjeros contra nacionales o a blancos contra negros" (p.25). Esta fortaleza de la organización sindical anarquista le habría permitido forzar a la elite a adoptar un sistema de relaciones industriales y mantener el entusiasmo revolucionario y anti-comunista, característico del socialismo de los años 30'.

Tales planteamientos se apoyan en un análisis que combina, originalmente, las fluctuaciones de la economía chilena y el impulso a la sindicalización, concluyendo

que fueron las necesidades económicas las que habrían motivado a los trabajadores urbanos a formar sindicatos y declararse permanentemente en huelga. El éxito de estos movimientos en el logro de sus objetivos (mejoras en ingresos, reducción de la jornada de trabajo, descanso dominical, entre otros) no hizo más que dinamizar el proceso. A esto habría ayudado la incapacidad del Estado chileno, y de su elite, de ofrecer respuestas concretas a estas necesidades y abrir un espacio político de participación que alejara al movimiento obrero de las conductas proclives a la autonomía y la violencia.

Sin embargo, esta constatación de Peter DeShazo no es del todo original, ya que la tradición marxista clásica —en especial Jorge Barria Serón— había reconocido el carácter reivindicativo del movimiento obrero y la importancia de las demandas por mejoramiento económico en la movilización de los trabajadores. La diferencia radica en que para los historiadores marxistas clásicos, siguiendo al principal líder obrero del ala izquierda —Luis Emilio Recabarren—, tales demandas no podían alejar a los trabajadores del objetivo central: Transformar la sociedad capitalista a través de la acción política (ya sea de masas o partidista). En el fondo, la revolución no sería sólo una cuestión de estómago.

El trabajo de Sergio Grez puede ser considerado el primer estudio serio sobre el real aporte del anarquismo en la formación del movimiento obrero chileno, a través de una opción metodológica que toma distancia de la discusión ideológica en torno a 'la Idea' y que busca reconstruir la experiencia anarquista a partir de sus propios gestores y arraigada en las problemáticas sociales de su época. Al respecto el autor resume esta opción en las siguientes palabras: "Nuestra perspectiva ha sido la de una historia social con la política incluida como puerta de entrada a un irrenunciable proyecto utópico de 'historia total'. Creemos que los anarquistas se prestan admirablemente para un análisis de este tipo porque para ellos su proyecto no era (o no es) sólo el de una sociedad futura emancipada y reencontra-

da consigo misma, sino, principalmente, el de una vida presente en el que el ideal se realiza a partir de la construcción de una política y una cultura libertarias enraizadas en los movimientos sociales populares. De este modo, identidad y proyecto, cultura y movimiento, vida cotidiana y militancia, se funden en 'la causa', desdibujando los límites tradicionales de lo político, lo social, lo identitario y lo cultural" (p.20).

¿Qué nos ofrecen, como rasgos comunes y diferentes, ambos autores sobre el rol del anarquismo en la formación y desarrollo del movimiento obrero?

Para el caso de Pete DeShazo, un anarquismo que se fue constituyendo en un polo de desarrollo del sindicalismo urbano, el cual fue capaz de constituir una organización de trabajadores autónoma y en ruptura con el sistema, que sólo podría ser coartada con la acción represora del Estado. En el caso de Sergio Grez, una ideología y práctica que legó a la política chilena del siglo XX una serie de reivindicaciones y valores: Internacionalismo, pacifismo, antimilitarismo, emancipación de la mujer, etc.

La sensación que nos queda de la lectura en conjunto de ambos trabajos, es que estamos en presencia de un tema que, de algún modo, nos había sido negado por el trabajo de la primera generación de historiadores del movimiento obrero, ya sea por sesgo ideológico, comodidad profesional o —incluso— mala fe. La labor del historiador moderno, en este contexto, se hace más prioritaria y urgente, al descender el velo que oculta la totalidad del proceso histórico, con un trabajo profesional basado en la búsqueda de fuentes y recreación fidedigna de la realidad de la época. ¿Cuánto de todo esto hay en la historia de los anarquistas chilenos? Creemos que mucho del desconocimiento sobre el rol del anarquismo en Chile, no puede ser solamente explicado por el accionar de una generación de historiadores que hicieron su trabajo hace cincuenta o cuarenta años atrás. La propia derrota del anarquismo, como proyecto y práctica política, tuvo que ver en

esa imagen difusa —entre romántica y caricaturesca— que se formó en torno a los ácratas locales.

Para Peter DeShazo la derrota del movimiento anarquista sólo puede ser explicada por la política represiva del gobierno de Ibáñez y el objetivo de aplicar por la fuerza un sistema de relaciones industriales que tuvo en el control de los sindicatos su punto central. Complementariamente la acción del naciente Partido Comunista habría sacrificado tempranamente al movimiento sindical heredero de la Federación Obrera de Chile, en aras de un proyecto de participación e integración al sistema político vigente. Para Sergio Grez, tal derrota debe ser explicada por la incapacidad del movimiento ácrata de leer los cambios que se estaban comenzando a operar en el Estado, con la política de la negociación y de los acuerdos. Es decir, no sería la acción tardía de una política estatal autoritaria —como en el caso de De Shazo— lo que explicaría la derrota del anarquismo chileno, sino —paradójicamente— una política sin matices, basada en la acción directa y en la lucha confrontacional con el sistema. Tales perspectivas resultan claramente irreconciliables.

Sin embargo, me parece que en el fondo las perspectivas de De Shazo y de Grez están más cercas de lo que aparentan. De la información ofrecida por ambos autores se concluye que los anarquistas chilenos habrían pecado de una especie de *analfabetismo político*, porque no fueron capaces —o no quisieron— construir un *relato político* capaz de ser proveído, evocado y en el

futuro historiado, que permitiera forjar identidad proyectiva a los sujetos y organizaciones afines. El éxito de los anarquistas en satisfacer las necesidades materiales de sus representados, puede ser considerado un elemento central a la hora de explicar el espíritu combativo que mostraron los sindicatos durante las primeras décadas del siglo XX y el espíritu de sacrificio de muchos de sus miembros, pero también la demostración de la ausencia de una suerte de *retórica del cambio*, que colocara en perspectiva esos éxitos materiales.

El hecho que la tradición política de izquierda, la cultura popular o la memoria colectiva de los trabajadores, esté fuertemente inspirada en la tradición demócrata, socialista y comunista, no puede explicarse sólo por la acción conspirativa de una generación de historiadores marxistas, sino por el éxito que esas corrientes tuvieron en construir un *relato político* (con figuras, emblemas, ideas, hechos, etc.) factible de ser recogido y transformado en relato histórico.

Así, este permanente deambular del anarquismo chileno en torno a las necesidades de sus asociados y la despreocupación por la “cuestión política” o el Estado, harían que las explicaciones de De Shazo y de Grez, sobre la derrota del anarquismo chileno, fuesen perfectamente compatibles, más allá de su aparente distancia.

En fin, dos muy buenos trabajos, y dos autores, a los cuales nadie podría acusar de utilizar el anarquismo para oscuros propósitos.